

¿Cómo educar en la tolerancia las actitudes y el estilo de vida de los catequizandos?

JESÚS SASTRE

El año 1995 ha sido declarado Año Internacional de la Tolerancia. Este término nos resulta querido y familiar en la sociedad actual marcada por profundos deseos de bienestar, justicia e igualdad. El pluralismo de opciones éticas, políticas, sociales y religiosas se considera un valor, pues la vida humana es en sí misma plural, tanto en su comprensión como en su expresión. El saber científico-técnico nos permite ampliar el campo de nuestras posibilidades, al tiempo que pone en evidencia las muchas cosas que todavía escapan al control de los seres humanos. Cuando constatamos todas estas realidades, vemos a nuestro alrededor, cercano y lejano, profundas contradicciones que tiñen la humanidad actual de paradojas difícilmente salvables. La guerra y el exterminio de etnias por diferentes motivos, la corrupción en el aparato de los estados modernos y democráticos, los brotes preocupantes de xenofobia en medio de sociedades de profundas convicciones a favor de la igualdad de los seres humanos, el injusto y escandaloso reparto de las riquezas, la extensión del poder de las sectas, el aumento de la violencia sexual, etc., etc. Todos estos datos manifiestan una realidad profundamente fraccionada y con conductas que no respetan los derechos y las libertades más básicas de los individuos y de las colectividades.

1. Un poco de historia

La tolerancia y el pluralismo han dependido en gran medida de la forma en que se ha resuelto la relación entre el poder político y la fe religiosa. Desde la historia más antigua hay casos de intolerancia, es decir, persecución, exclusión e incluso muerte por discrepar de las convicciones básicas que una determinada sociedad tenía en un momento dado. A modo de ejemplo, recordemos cómo Sócrates fue condenado a muerte por disentir y cómo Platón es favorable a la pena de muerte para los ateos incorregibles. En el fondo de éstas y otras conductas existe el miedo a que al resquebrajarse la unidad ético-religiosa se cuestione la unidad socio-política. ¿Qué intereses son los que se ocultan en toda postura intolerante? Evidentemente, hay ideologías que justifican las posturas intolerantes, pero éstas tampoco ocultan intereses relacionados con el poder, el prestigio y un mayor beneficio económico.

Los cristianos fueron brutalmente perseguidos en sus orígenes, y desde esta experiencia iluminada por el Evangelio pidieron tolerancia y respeto al pluralismo, al tiempo que se declaraban buenos ciudadanos, respetuosos del poder político. Con el paso del tiempo y después del Edicto de Milán, los cristianos están en la administración del Estado y se genera un pensamiento teológico que distingue una intolerancia injusta y otra justa. Con lo cual se da un cambio de situación: el respeto y la integración social conseguida por los cristianos se transforma en intolerancia para los discrepantes. A pesar de esta constatación, siempre se han producido voces proféticas reclamando tolerancia y respeto a las minorías y la no imposición de la fe religiosa.

Avanzada la Edad Media cristaliza en la cosmovisión cristiana la postura de *Santo Tomás* expresada en *S. Th. II-II, q. 10, a. 8 ad 3*: la aceptación de la fe se produce por un acto libre, pero mantenerla en su integridad es algo necesario. Esta postura se concreta en la actitud de tolerancia para los paganos y judíos y la intolerancia para

los herejes, pues su postura va en contra de la verdad y subvierten el orden social. También respecto de esta postura han existido discrepancias y posturas críticas. Históricamente hablando la paz de Westfalia (1648) fue un paso adelante en la tolerancia, pues a partir de ahí se inicia una corriente que intenta basar la convivencia en valores éticos y no en convicciones religiosas.

J. Locke publica en 1689 la *Carta de la tolerancia* basada en la separación de la Iglesia y el Estado y en el respeto al Estado que posibilita la tolerancia. Excluye a los católicos, pues están supeditados al poder foráneo del Papa, y a los ateos, pues no tienen los valores morales suficientes como para apoyar al Estado tolerante.

La libertad de conciencia se va extendiendo como un valor importante en Europa y después en América del Norte. El iluminismo, el liberalismo y la labor de los enciclopedistas han sido determinantes en la extensión de la tolerancia. El cristianismo también aporta bases a la actitud de la tolerancia al fundamentar la fe en la adhesión libre a Dios, al valorar la caridad evangélica y al dar importancia a la conciencia coherente. En el *Syllabus* se condena el reconocimiento de la libertad de culto y de opinión por parte de los Estados, pues ello conlleva el aumento del indiferentismo. La cuestión de fondo que preocupaba al Magisterio de esta época es la relación entre verdad y libertad, y la separación Iglesia-Estado. A finales del siglo XIX el pensamiento católico admite cierta tolerancia con otras formas de pensar, dadas las situaciones de hecho, que difícilmente se pueden cambiar.

Lo que ha hecho avanzar la tolerancia ha sido el pasar del campo de los planteamientos teóricos a las realidades concretas y personales. El Magisterio en el siglo XX ha ido dando pasos muy importantes. Juan XXIII en la encíclica *Pacem in Terris*, (1963), nº 14, proclama la libertad religiosa como uno de los derechos fundamentales de la persona y apuesta claramente por la no identificación del error con la persona que se equivoca.

2. ¿Cómo educar las actitudes y el estilo de vida?

2.1 Aportaciones de la teología moral

Una de las verdades básicas de la fe cristiana es que el hombre es "imagen de Dios"; esta condición básica del ser humano no se puede nunca borrar pues es don gratuito de Dios que forma parte constitutiva de la naturaleza humana. Debido a esta constatación, la búsqueda de la verdad, del bien y de Dios mismo, pasa necesariamente por el amor al hermano (*cfr. Mt. 25, 31-46 y 1 Jn. 2, 9*).

Ver al hombre como hijo de Dios y hermano de su prójimo es partir de una visión profundamente optimista del ser humano. Aquí radica la aspiración del corazón humano a la verdad y al bien; siempre está en búsqueda y nunca agota el objeto de sus aspiraciones. Nuestros conceptos sobre Dios ni son exhaustivos, ni son la única manera de expresar la fe; por eso mismo, los que proclaman la misma y única fe, también la expresan en un reconocido y valioso pluralismo teológico. La verdad con mayúscula es Dios mismo para el creyente, es decir, una persona trascendente e inmanente, que se ha autocomunicado en la Historia de la Salvación en la persona de Jesucristo, el Logos encarnado, a quien todo se orienta y del que todo dimana.

Dios nunca es objetivable; tampoco se puede objetivar nuestra relación con Él ni el ser humano, pues su dignidad de persona está más allá de sus limitaciones, fallos y pecados. La tolerancia y el pluralismo encuentran su último fundamento para el cristiano en la actitud de Dios respecto del hombre y en la propia dignidad humana. La verdad objetiva y el bien abstracto tienen que situarse necesariamente en la conciencia personal, como dinamismo básico de la persona hacia la totalidad del bien y la verdad. La importancia del diálogo, la búsqueda común y la experiencia reflexionada son los modos normales de progresar en lo humano. Para que pueda existir diálogo verdadero entre las personas y los grupos, tienen que existir primero convicciones personales y fidelidad

a las mismas. Incluso cuando se equivoca, la persona tiene derecho a expresar públicamente sus opiniones, siempre que no altere "el justo orden público". Los derechos de las minorías discrepantes también tienen que estar asegurados y tutelados por el Estado. (*cfr. D.H. 2*)

Entre otras notas, la Iglesia se entiende a sí misma como comunidad de Credo (convicciones), valores morales (comportamientos) y expresión celebrativa de la Salvación (liturgia y sacramentos). La adhesión a la fe católica y la profesión de la fe son un acto libre; el núcleo de la fe católica es la persona de Jesucristo, muerto y resucitado, Camino, Verdad y Vida. Para cumplir con su misión de anunciar el Evangelio y construir el Reino de Dios, la comunidad eclesial cuenta con la asistencia del Espíritu Santo (*L. G. 24-25*), que anima el discernimiento y la solución de los problemas y conflictos. (*cfr. Hech. 15*). La búsqueda de la verdad debe ir siempre iluminada por el amor al hermano (*1 Cor. 8*). La comunidad cristiana busca la "armonía en el pensar y en el sentir" (*1 Cor. 1, 10*), se ve enriquecida por el pluralismo teológico (*U. R. 17*) y se relaciona permanentemente con la cultura (*G.S. 58, 62*).

La constitución conciliar *G.S.* es referencia obligada para entender el respeto y el diálogo en un contexto pluralista. En el n° 1 de esta constitución marca el punto de partida para el cristiano: la solidaridad con los gozos y sufrimientos de la humanidad menos favorecida. Desde esta actitud de fondo se pueden dialogar todos los problemas importantes de la vida y aportar lo específico de la fe (*G.S. 4*); este análisis no se puede hacer sin un discernimiento de los signos de los tiempos (*G.S. 11*) desde la presencia solidaria, la escucha, la búsqueda en disponibilidad y el compromiso transformador en la esperanza de un mundo más fraterno.

2.2. *La catequesis en clave comunitaria, ecuménica y fraterna*

Nos referimos a tres de las características básicas y fundamentales de la educación de la fe, que constituyen el cimiento de la actitud de

tolerancia definida por el Diccionario de la Real Academia Española en su 2ª acepción como: *"Respeto o consideración hacia las opiniones o prácticas de los demás aunque sean diferentes a las nuestras"*.

La educación de la fe en pequeño grupo no es simple metodología, si no exigencia básica y fundamental del proceso catecumenal. Tenemos el convencimiento de que el encuentro con Dios, con uno mismo y con la realidad se da mucho mejor cuando se hace una búsqueda común y se comparten las experiencias de la vida iluminadas por la fe. La escucha de la Palabra de Dios pide actitud de profunda acogida, ilumina la visión de la realidad e interpela las propias seguridades llamándonos a la conversión. Dios mismo autocomunicándose en la persona, el mensaje y la causa de Jesús de Nazaret entra en profundo diálogo con el creyente: le acoge, le escucha, le ofrece su perdón, le invita a una vida nueva y le ofrece su amor y su fuerza. En un diálogo que parte de la aceptación incondicional del hombre, de la donación total de Dios sin exigir nada a cambio, pero esperándolo todo. Compartir en pequeño grupo la experiencia de Dios es asomarse al misterio más profundo de la vida: la acción de Dios en el corazón de los creyentes dando sentido, fundamento y horizonte. Ante esta experiencia compartida sólo cabe la admiración, la alabanza y la acción de gracias.

La tarea ecuménica es una cuestión intraeclesial; es decir, los creyentes en Jesús de Nazaret que pertenecen a Iglesias distintas, sabiéndose unidos por el Bautismo, el Evangelio y la Misión de evangelizar, sienten la llamada a escucharse, reconciliarse y unirse. ¿Cómo ser creíbles a los de fuera si falta la unión interna? La catequesis educará en un talante profundamente ecuménico para que nos podamos sentir ya unidos en el afecto y el deseo y así el camino de la comunión plena se haga más fácil y llevadero.

La Iglesia y el ecumenismo son para el Reino, es decir, para la humanidad nueva donde las relaciones justas, solidarias y fraternas sean lo

primero y más importante. Vivir para los demás es la mejor forma de tolerancia, pues no sólo les acepta y respeta en su condición, sino que busca para ellos lo mejor, más allá de su ideología, raza, sexo o religión. Sólo una mirada de fe generada por la esperanza escatológica puede comprometernos con los más desfavorecidos. La tolerancia no puede permanecer impasible ni indiferente ante la pobreza, la marginación y la explotación del hombre. Hoy el problema de intolerancia no parte de la relación verdad/error, sino de la relación justicia/injusticia en sus múltiples manifestaciones: étnicas, económicas y políticas.

2.3. Propuestas educativas

1ª Recuperar la reflexión sobre la antropología

En medio de un pluralismo divergente y con hechos profundamente contradictorios, creemos que se puede apostar por un pluralismo convergente en aspectos fundamentales. Esta convergencia no será posible si no parte de una serena y seria reflexión antropológica: qué es el ser humano, cuál es la dignidad de la persona, cómo tener igualdad de oportunidades reales en unas condiciones de vida tan desiguales, y cómo ser personas logradas y felices en esta vida.

La fe cristiana nos habla de algo nuclear y común a todos los seres humanos, capaz de orientar la vida y la convivencia de una manera tal que resulte mejor para el conjunto. Y esta mejora cualitativa en lo humano no está supeditada a la pertenencia eclesial, pues creyentes y no creyentes, cristianos y no cristianos podemos trabajar codo a codo, enriqueciéndonos mutuamente y sin perder lo propio de cada una de las opciones. La base de esta convergencia es la recuperación de la pregunta por el hombre y por la ética.

2ª "Categorías pluricéntricas"

Con esta expresión nos referimos a las categorías que nos sirven para entender lo humano y que no sean propiedad exclusiva de ninguna cultura o cosmovisión. El intento no es fácil pero sí apasionante, pues parte de la convicción y el horizonte de que la humanidad es y puede llegar a ser una gran familia caracterizada de múltiples formas según los lugares geográficos y las tradiciones culturales. Estos elementos propios son valorados e integrados dentro de una visión global y transcultural que no sólo no anula lo propio, sino que mantiene toda su original riqueza y la potencia. Estas categorías pluricéntricas y transculturales aproximarían las diferentes visiones, las purificarían de muchos elementos limitadores por la crítica contrastada y la búsqueda común y facilitarían el surgimiento de visiones más complejas y ricas, pero también más universalmente compartidas.

3ª *Confianza en lo propio, humildad y diálogo*

El respeto a lo ajeno por distinto que pueda ser de la propia visión o actitudes, no excluye las convicciones personales. La persona que tiene claridad en sus ideas, aprecio a sus valores morales y seguridad en sus motivaciones es la que mejor puede comprender y valorar las posturas de los otros. Desde lo propio, y con la disposición humilde de saber que la verdad es compartida, se puede dialogar como medio para la resolución de conflictos y de la búsqueda común de soluciones. Este intercambio puede resultar muy enriquecedor, pues ayuda a fundamentar mejor la propia visión y a ampliar el horizonte con formas distintas de ver, pensar y actuar.

4ª *Atención a los discrepantes, a las minorías y a las voces proféticas*

Lo minoritario dentro del conjunto social y las posturas alternativas en un panorama cultural con aspectos uniformados, suelen ser portadores de sensibilidades y valores nuevos. *Octavio Paz* llama a estos grupos

pequeños en número la "*inmensa minoría*" por su significatividad social. Con su postura crítica, actitudes de ruptura y propuestas alternativas hacen avanzar los procesos sociales y anticipan visiones nuevas de las que, a la larga, se beneficia toda la sociedad. Múltiples derechos humanos se han ido implantando en los usos sociales, hasta conseguir su protección jurídica por la lucha de minorías que han sufrido en sus carnes todo tipo de represalias y vejaciones, pues los procesos de cambio son lentos para todos y dolorosos para los que los promueven.

5ª Gestos significativos y acciones comprometidas

La sociedad tiende a defenderse de los grupos que amenazan su estabilidad social o ponen en peligro sus posibilidades políticas o económicas. Lo distinto y lo lejano no suscitan fácilmente los dinamismos de la filantropía humana. Además, movidos por un deseo de justicia de vía estrecha tendemos a sentirnos responsables únicamente de lo propio semejante o cercano. A los inmigrantes, los marginados, los de otra raza, los toxicómanos, los enfermos de Sida, etc., etc., nos cuesta reconocerles los derechos básicos y fundamentales que espontáneamente exigimos para nosotros y los de nuestra misma condición. Las últimas encuestas realizadas en nuestro país manifiestan que los españoles valoramos la solidaridad como enunciado formal y general, pero la practicamos con aquellos con quienes nos identificamos o con los que están en situaciones precarias que nosotros podríamos ocupar en un futuro próximo.

La militancia con palabras, gestos y acciones comprometidas en favor de todos los colectivos injustamente tratados o marginados es un exponente claro de la calidad de nuestra tolerancia y solidaridad.

6ª Trabajar por una cultura de la convivencia y de la paz

Hay violencia en la calle, en las familias, en los medios de comunicación, en la música e, incluso, en los videos-juegos de los niños. También hay violencia en el interior de los corazones; se manifiesta

en la indiferencia, la hostilidad y la desesperación. La sociedad contempla cada vez con mayor naturalidad hechos y situaciones que atentan gravemente contra la vida y la libertad. Esta situación no se resuelve con palabras y declaraciones; se necesitan gestos y acción que construyan eficazmente la paz y la convivencia.

Las mujeres y los niños son en muchas ocasiones víctimas de malos tratos, explotación sexual y coacción. El ámbito familiar, por desgracia, es en muchas ocasiones uno de los lugares de mayor violencia. En EE.UU., según dicen las estadísticas y la C. Episcopal, más del 50 por ciento de las mujeres asesinadas en este país son víctimas de sus parejas o ex-compañeros. Los enfoques liberales y conservadores no son suficientes para solucionar estos problemas. ¿Cómo educar a las nuevas generaciones en los valores de la tolerancia, la convivencia y la paz en un mundo que soluciona sus problemas con la fuerza bruta? Tampoco podemos olvidar que muchas veces la carencia casi total de medios materiales y humanos también lleva a la violencia. Sin un nuevo orden económico es difícil conseguir la paz.

El mundo posterior a la guerra fría ha saltado hecho añicos en algunas zonas, y se han producido comportamientos belicosos al margen de cualquier ética y regulación y lo peor de todo es que la comunidad internacional no ha sabido reaccionar a tiempo y con un mínimo de eficacia.

Ante todos estos datos hay que proclamar una nueva cultura, y creer que -a pesar de todos los datos en contra- es posible su implantación en los corazones, en las relaciones y en las estructuras sociales, políticas e internacionales.

7ª La opción preferencial por los que padecen la intolerancia política, social, económica o de cualquier otro tipo

Ante el panorama que presenta el mundo en que vivimos nos preguntamos qué hay que hacer y qué podemos hacer. Sin lugar a

dudas, la búsqueda de soluciones nos será mucho más fácil si lo hacemos desde las víctimas de tanta intolerancia.

"El mayor reto es tal vez el llamamiento que se nos lanza a todos para que examinemos nuestra propia vida, para ver de forma precisa cómo podemos preferir la generosidad al egoísmo o para optar por un compromiso real en favor de la familia y de la comunidad en lugar de por la adquisición y la ambición personales. A través de muy humildes medios, todos podemos contribuir a vencer la violencia tratándola en nuestra casa; respondiendo a las necesidades afectivas, físicas y espirituales de nuestros niños; luchando contra nuestro propio comportamiento obsesivo; o incluso tratando con cortesía a los demás automovilistas. La victoria sobre la violencia se gana día tras día, opción tras opción, persona por persona. Todos debemos aportar nuestra contribución". (Obispos de EE. UU., Hacer frente a una cultura de la violencia, 16-II-94, Ecclesia n° 2.727, 11-III-1995, p. 35).

Esta opción por los más desfavorecidos supone:

- Un corazón nuevo y convertido que ore por la paz y esté preocupado por las intolerancias y sus consecuencias. Conviene que revisemos nuestros actos y actitudes para ver qué parte tenemos en esta cultura violenta.
- Trabajar por una convivencia mejor, más agradable y solidaria desde todas las instituciones y, especialmente, desde la familia, la escuela, la parroquia, los grupos de jóvenes, las labores asistenciales y los grupos de presencia social.
- Responsabilizar en la tarea de crear una sociedad más tolerante a todas las instituciones, incluyendo el sistema económico, el gobierno, los medios de comunicación y el sistema penal.

- Abogar por un "*nuevo orden internacional*" que: asegure el mínimo para que todos podamos vivir con dignidad, persiga duramente el tráfico de armas y de drogas, y el enriquecimiento rápido y de cualquier modo, promueva una mayor colaboración ciudadana y un sistema judicial rápido, asegure un sistema penal que rehabilite e integre más que castigue, y una atención mejor a las víctimas de la intolerancia y la violencia.

8ª Una sociedad más ecológica

El desgaste de la naturaleza se debe fundamentalmente a dos causas: al sistema de explotación industrial para producir bienes económicos y al deterioro del medio ambiente. Éticamente no podemos esquilmar los bienes naturales de forma egoísta e insolidaria sin pensar en las generaciones futuras. Al ritmo que vamos podemos hacer peligrar algunas especies vegetales y animales y alterar gravemente el equilibrio ecológico. La naturaleza no puede ser el depósito ilimitado, pero abundante en el momento actual, del que podamos obtener riqueza sin medida. Si caminamos a una civilización en que el ocio va a ocupar cada vez más tiempo y espacio en la vida de los seres humanos, debemos ver a la naturaleza con otros ojos e intereses. Desde los primeros años de la vida los hijos tienen que ir descubriendo el valor del medio ambiente, así como el respeto y el cuidado que la naturaleza necesita. Ahora bien, no se trata de una ecología de fachada o de perfumería, sino de una actitud que cuestiona algunos parámetros de la producción industrial y de la explotación de los recursos naturales. Esta postura contará con muchas dificultades y adversarios por los intereses económicos que están en juego. También la actitud ecológica forma parte de una alternativa nueva de vida. Más aún, desde la ecología se pueden plantear y resolver mejor otros problemas éticos.

9ª El silencio y la indiferencia no promueven la tolerancia

Las situaciones de violencia e intolerancia están en la sociedad; no se puede pasar de ellas ni ante ellas con actitud de silencio cómplice. No hacer por evitar algo es facilitar su realización. Con frecuencia nos excusamos en lo que pasa a nuestro alrededor, no es problema nuestro, que nosotros no tenemos la culpa y que poco podemos hacer. La visión cristiana promueve todo lo contrario; es posible entre todos hacer un mundo distinto.

No podemos seguir esperando que otros solucionen estos problemas. Hay un lema de una ONG, PROYDE, que dice así: *"Muchas personas, en muchos lugares pequeños, haciendo cosas pequeñas pueden trans-formar el mundo"*. Estos somos cada uno de nosotros. La parábola del Buen Samaritano es una lección de tolerancia, es decir, de aceptación incondicional del otro distinto, de implicación compasiva en su situación y de acción transformadora de su problema. Y todo ello de forma anónima y desinteresada. *No pasemos nunca de largo.*